

CUADERNO N°7

MONTSERRAT

Barrio fundacional de Buenos Aires





Interior de la imprenta durante las excavaciones: el cimiento en su parte irregular perteneció a la casa Goyena, los sectores regulares son de la modificación para la imprenta.

LA ANTIGUA IMPRENTA CONI, SU PASADO Y SU ARQUEOLOGÍA

Daniel Schávelzon

Quien recorra hoy en día la calle Perú encontrará que algunos edificios sobresalen de la línea municipal de fachadas: son los relictos del pasado verdadero de lo que llamamos Montserrat, Barrio Sur o Casco Histórico. Lo que realmente queda, lo poquísimos que no ha sido demolido en aras de priorizar el automóvil sobre el peatón. Perú 680, la desaparecida Imprenta Coni hace cuarenta años ya, es una de ellas.

Hace algún tiempo su propietario, interesado en conocer la historia del edificio y tratando de preservarlo y conservar su pasado también –que no siempre es lo mismo–, pidió hacer trabajos de investigación histórica y arqueología que arrojaron resultados que aún nos llenan de asombro.

El sitio antes de su ocupación (1580-ca. 1730)

La zona era marginal desde que Juan de Garay trazara la ciudad como tal y su ejido o tierras “del común” para uso colectivo. Al estar cerca de un arroyo, el Tercero del Sur, que se llenaba de barro cuando llovía y luego fue usado para la basura urbana, no era un lugar de lo mejor en la joven Buenos Aires. Era un borde, un límite, y no muchos querían vivir allí salvo sobre la calle Defensa, entrada desde el puerto en el Riachuelo. Por el otro lado, hacia el este, el terreno descendía en una ligera barranca hacia el Río de la Plata, lo que lo hacía poco cómodo para construir.

En este lote no hubo nada por mucho tiempo, y la excavación permitió recuperar

evidencias de uso ligero: restos de vacunos, algunos asados al borde del barranco, fragmentos de cerámicas de tradición indígena dispersos y hasta dos piedras para moler maíz. Encontramos tres pozos, marcas de postes clavados en el piso y luego retirados, que quizás hayan sido parte de una tienda de cueros típicamente indígena, imposible saberlo ahora. Pero construcción no hubo ninguna.

Las primeras viviendas: de la casa Rodríguez a la del pardo Almandoz (ca. 1733-1822)

Cuando el Cabildo comenzó a repartir terrenos en el ejido, sea por la presión de una ciudad que crecía o por regalar o vender a precio vil tierras a sus familiares y amigos, el sur de la ciudad cambió abruptamente. Con la edificación realizada por los jesuitas de un conjunto para una Residencia de Hombres –hoy iglesia de San Pedro Telmo y su claustro–, la zona comenzó a poblarse, se trazaron calles y se trató de mantener el zanjón del Tercero lo más acotado posible. De todas formas, sobre sus orillas se fueron asentando esclavos libertos o gente realmente pobre que aceptaba soportar barro, inundación y olor.

Si bien no hay una escritura para este sitio hasta 1770, sí tenemos evidencias de una casa que ocupó una familia apellidada Rodríguez. Pero no es un tema simple: los papeles parecen indicar que el teniente de Dragones Tomás Escudero de Rosas y su mujer Juana Rodríguez pretendían la vivienda que había sido del marido anterior, Juan Gutiérrez

Villegas. La casa la usaba la madre de esta señora. Pero finalmente el juez le dio la posesión a la madre a cambio del pago de \$ 600 que los hizo efectivo mediante una esclava “de veinte a treinta años” y de su hija de menos de un año. Con esta primera vivienda quedó delimitado para el futuro el terreno de poco más de quince metros de frente por más de sesenta de fondo. Se trataba de una gran sala al frente de alrededor de cinco metros de ancho, “la sala-aposento” y un cuarto unido; posiblemente y sin citarlo en los documentos, como era habitual, existía un “común” o letrina y un lugar para cocinar. Esta estructura de una sala y una habitación menor adosada es el inicio de lo que al crecer se transformó en la conocida “casa chorizo”, tan típica de Buenos Aires por muchos años. Seguramente no estaba al frente ya que era costumbre aún en esa época construir dentro del gran terreno; la idea de una línea municipal es posterior, de finales del siglo XVIII.

La casa era de cimientos de ladrillos, paredes de adobe, techos de teja y pisos de tierra: todo habitual. Solo encontramos parte de un piso hecho con fragmentos de ladrillos que quizás era un patio o galería externo del que también hablan los primeros documentos históricos del sitio. Pero la casa no era tan pobre ya que tenía un desagüe desde el techo hecho con caños de cerámica vitrificada y encontramos unas extrañas tejas muy cocidas, que le dan color gris a la superficie lo que haría un techo muy llamativo.

Respecto al arroyo cercano, sus olores y molestias, nada podían hacer, pero sus veci-

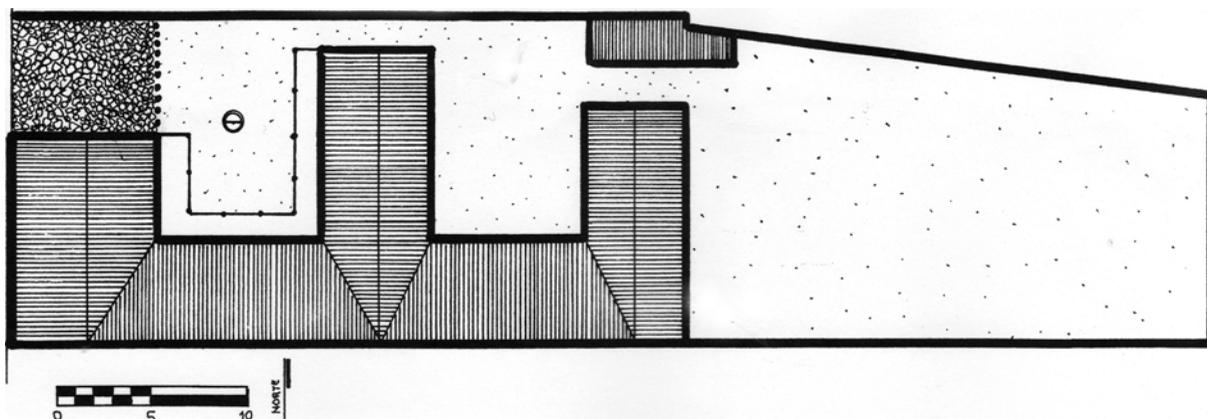
nos sí actuaban haciendo puentes, encerrando con medianeras y tratando de mejorar un poco el lugar que iba, lentamente, modificándose socialmente. Esto lo demuestra el importante cambio en los objetos usados y que al romperse quedaron en el sitio: mucha loza inglesa importada –contrabando seguramente– y botellas de vidrio inglés, lo que era aún raro en la ciudad. Es decir, indicios de una mesa presentable y digna de su nivel. De todas formas, la mayor parte de la vajilla seguía siendo de la tradicional cerámica indígena pintada color rojo, cada día con formas más europeizantes; el resto seguía siendo la accesible cerámica esmaltada española. Es decir, más allá de ciertas apariencias, era una casa modesta aunque no pobre. ¿Pocos ingresos y muchas aspiraciones?, imposible demostrarlo.

La propietaria heredó la casa a su hija María quien la vendió a un “pardo” llamado Almandoz (sin el don, obviamente) en el año 1800, y luego este la traspasaría en 1822. En el ínterin hubo muchas obras porque cuando María la vendió se habla “de varias viviendas” en el mismo lote, y cuando la vende Almandoz es una construcción de tres patios y diecisiete habitaciones, lo que no era un cambio menor por cierto. Pero un tal Zapio la compra la casa y la vende antes de veinte días a Benito Joseph Goyena.

La casa de la familia Goyena (1822-1883)

La familia Goyena pudo haber hecho cambios en la casa, pero básicamente lo que se encontró en la excavación no lo aparenta. Tenía sus dos patios, uno con aljibe cen-

Casa de la familia Goyena en 1860, en base al catastro Beare y las excavaciones.



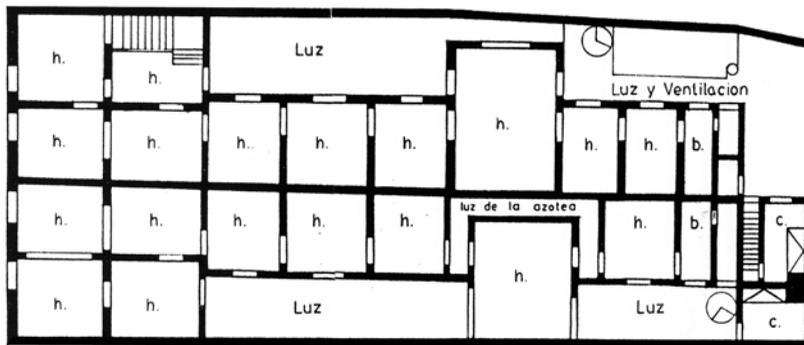
tral, y un enorme fondo. Sí hubo procesos de rellenado de la barranca posterior, donde quedaron enterrados los restos de las casas anteriores, pero nada más. Y así quedó hasta 1873 en que firman una escritura de venta a Francisco Arias, quien diez años más tarde la traspasaría al primero de una nueva familia, los Coni, para hacer todo de nuevo.

Los Goyena aprovecharon bien la casa por tres generaciones, con sus dos patios y el aljibe en el primero, galería, sala y comedor, varios dormitorios y el baño separado del último cuerpo construido con un enorme terreno en el fondo. Por lo hallado, baño y cocina debieron estar recubiertos con los nuevos azulejos franceses y los pisos por baldosas rojas del mismo origen. Suponemos que bien amoblada sería una casa cómoda y elegante de su tiempo, aunque la hubiera construido un “pardo”. Pero los tiempos cambiaron y la casa se debe haber ido deteriorando al grado que la vendieron y quienes la compraron, la familia Coni, decidieron demolerla para darle un nuevo uso al terreno. Quedó el relleno bajo



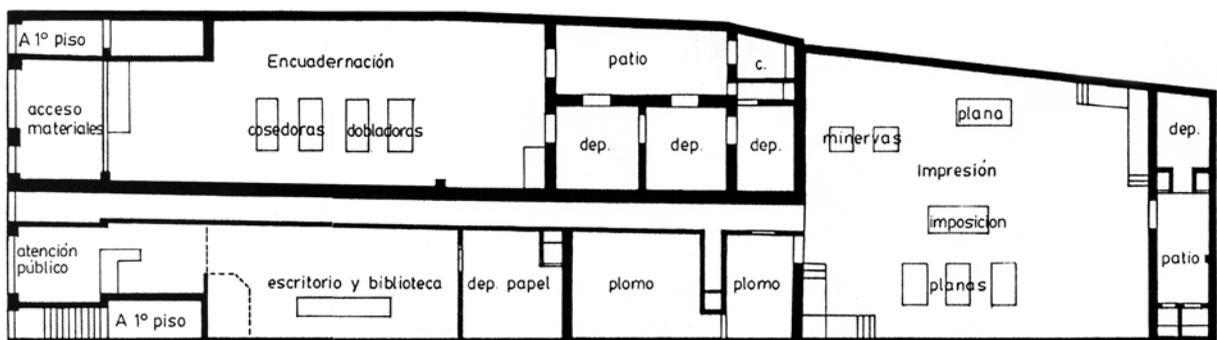
Molduras y ornatos de argamasa que decoraron la fachada de la casa Goyena. Proviene del escombros de su demolición usada como relleno del terreno del fondo para construir la Imprenta en 1884-85.

el piso, fragmentos de lozas domésticas de comer y cocinar, y hasta juguetes descartados de los niños.



PRIMER PISO

Planta reconstruida del interior de la imprenta en planta baja y las dos casas del primer piso.



PLANTA BAJA



Techo del taller de impresión en la parte posterior del edificio.

La gran imprenta de Pablo Emilio Coni

La fiebre del oro en California fue un aliciente que atrajo a miles de personas del mundo entero en 1851, que dejaron todo –o nada– para arriesgarse en el Nuevo Mundo. Pero llegar a California no era un viaje simple en aquellas épocas y la manera más sencilla era embarcarse y cruzar el Estrecho de Magallanes para subir el continente entero después de descenderlo por el Atlántico. Y como en toda maniobra de especulación desaforada, muchos barcos se quedaban en el camino. Esto le sucedió a un joven francés de apellido italiano, Pablo E. Coni, impresor de profesión con título habilitante. Pero el destino quiso que su barco se quedara varado en Montevideo donde decidió buscar trabajo; observó que en esa ciudad los emigrados argentinos formaban una élite culta

Vista de la excavación en la Habitación 9: puede verse la unión de los cimientos de la casa Goyena que precedió a la Imprenta.



que luchaba contra Rosas; esa podía ser su veta para establecer una imprenta; y lo fue. En 1853 el gobernador de Corrientes, Pujol, lo invitó a trabajar en la Imprenta Oficial en donde, entre otras, realizó la primera estampilla del país.

En 1861 viajó a Buenos Aires porque había decidido regresar a Francia, lo que hizo, pero menos de dos años más tarde volvió para instalarse definitivamente. Alquiló un primer local, luego cambió de dirección un par de veces. Lentamente fue estableciendo algo muy nuevo en la ciudad: la excelente calidad de sus ediciones. Por marketing o por su formación –no sabemos– entendió que lo que se hacía era de mala calidad, lleno de errores tipográficos, sin cuidar los blancos y negros, el entintado, el papel, la simetría, los márgenes o la encuadernación. Y así fue elegido por quienes querían que sus libros tuvieran un poco más de cuidado que los demás. Incluso se negó a imprimir publicidad y solo editaba libros de ciencia y cultura. No era una decisión simple, pero jugaba su prestigio en eso. Se hizo cargo de la *Revista Farmacéutica*, los *Anales de la Educación Común*, las ediciones del Museo de La Plata, el *Código Civil*, *La vuelta del Martín Fierro*, los *Fallos de la Corte Suprema* entre cientos de otras afamadas colecciones. Coni era garantía de calidad y precisión, tenía tipografías en griego, latín, árabe y otras lenguas imposibles de encontrar en otras imprentas de la ciudad.

En 1883 compró la vieja casa de los Goyena, la hizo demoler y le encargó a su hijo Pedro Coni, recién graduado de ingeniero y ya cubierto de trabajos, que le hiciera una imprenta modelo con su casa arriba. Poco más tarde, tras la crisis de 1890, la sociedad pasó a ser Coni e Hijos al incorporarse como socios Pablo, Emilio, Fernando y Pablo. Con los años la familia se fue dispersando pero la imprenta siguió en manos de algunos de sus sucesores hasta la década de 1970 en que cerró porque era, realmente, obsoleta.



1. Parte de la ornamentación de los salones de la Imprenta Coni, destruidos en alguna remodelación (c. 1930) y arrojados al interior de una cisterna como material de relleno.



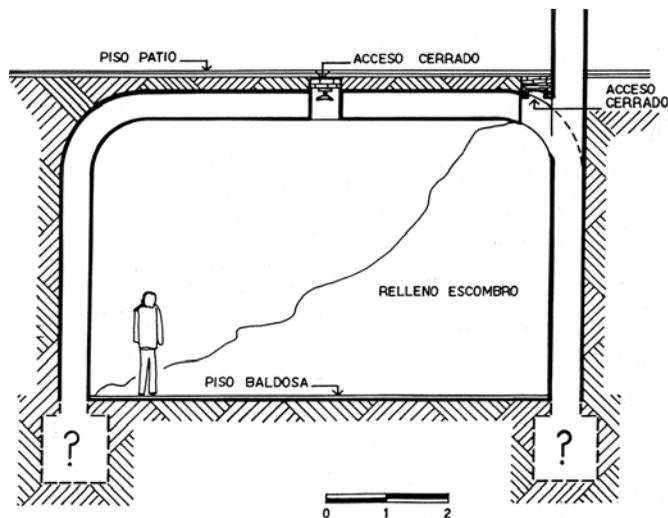
2. Muestrario de objetos de hierro de la vida diaria de la Imprenta Coni en sus primeras épocas, entre ellos una herradura, una llave, un cuchillo, varias herramientas, un candado y una manija de cajón.



3. Objetos diversos usados en la Imprenta para trabajar: mangos de hueso y de madera y dos piezas de cuero con agujeros para clavos usadas como bisagras de cajas o baúles de gran tamaño.

4 y 5. Tipos de imprenta y plomos usados en la tipografía manual movable, encontrados entre los ladrillos de los pisos del taller.





La cisterna de un aljibe en el patio norte, nótese las dimensiones para acumular enormes cantidades de agua.

El edificio que diseñó Pedro Coni es complejo ya que le tocó el momento de los grandes cambios en la tecnología y el funcionamiento de las empresas: todavía el dueño vivía arriba, los sistemas constructivos no habían sido totalmente reemplazados por el hierro y las aguas sanitarias no estaban instaladas. Por eso el edificio es una mezcla de sistemas portantes de muros de gran grosor y de columnas de hierro inglesas, tiene dos entradas y la distribución mantiene el sistema

de las casas chorizo antiguas. Es un edificio enorme y oscuro ya que solo el patio posterior tiene luz natural con galerías hechas de madera y cristal.

Con los años, el agua corriente entró con sus cañerías y fueron anulados varios aljibes enormes que se usaban para el agua de las máquinas de vapor, los pozos ciegos de los baños y los desagües de absorción. Pero estos quedaron llenos de la basura de su tiempo y al excavarlos fue posible recuperar una enorme cantidad de objetos de valor patrimonial e histórico.

El tiempo no pasa en vano, todo el edificio se fue deteriorando, poniéndose obsoleto y la frase elegida por Coni para su sello editorial *Mens agit at molen* (la mente puede mover las piedras), ya no fue más factible y la imprenta cerró para siempre. Aunque con la suerte –al menos por ahora– de que quien compró el predio tenga un proyecto de restauración que esperamos algún día pueda concretarse.

Agradecimientos

Los trabajos arqueológicos en la antigua Imprenta Coni fueron realizados por los colaboradores del Centro de Arqueología Urbana; agradecemos en especial al propietario Jorge Eckstein y a la Dra. Ana María Lorandi que co-dirigió los estudios. La organización internacional Earthwatch financió la investigación.

Cimientos de la casa más antigua, debajo de los pisos de la Imprenta. Nótese que los caños de cerámica de c. 1895 rompen el albañal original.





Fachada de la antigua Imprenta Coni en una fotografía reciente. Perú 680.

Bibliografía

- Coni Bazán, Fernando, *La imprenta y casa editora Coni desde 1854 a 1869 en Corrientes y 1862-1924 en Buenos Aires*, Exposición de la Industria Argentina, Buenos Aires, 1924.
- “Los impresores Coni”, *Artes Gráficas* N° 7, pp. 17-26, Buenos Aires, 1944.
- *Primeras décadas de la Imprenta Coni*, Imprenta Coni, Buenos Aires, 1944.
- “Evocaciones y reminiscencias de autores próceres”, *XL Aniversario de la Cámara de la Industria Gráfica*, pp. 37-42, Buenos Aires, 1945.
- *Pablo Emilio Coni*, Imprenta Coni, Buenos Aires, 1951.
- Grondona, Iván, *Imprenta Coni, apuntes para la historia de una imprenta y una dinastía*, Ediciones San Telmo, Buenos Aires, 1990.
- Schávelzon, Daniel, *Excavaciones en la Imprenta Coni, San Telmo*, Arqueología Histórica de Buenos Aires vol. III, Corregidor, Buenos Aires, 1995.